**Martes X del TO  
Ciclo B**

8 de junio de 2021  
2Cor 1,18-22  
Sal 118  
Mt 5,13-16  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Pablo está en Éfeso. La comunidad de Corinto estaba enfada con él porque les había prometido que iría pronto a visitarles para mediar en un conflicto interno y no acababa de hacerlo: dudan seriamente de su palabra, o su palabra solo es palabra de un hombre débil y voluble. Sin embargo, él no ha faltado a su palabra y les explica que las modificaciones efectuadas en su itinerario han sido de tipo pastoral: era mejor que Tito fuera en su lugar como mediador del conflicto por sus habilidades para ello. Y no se equivocaba. Si actuó así fue por amor, por el interés mismo de los corintios. En él, dice, no ha doblez, no hay un sí y luego un no y Dios mismo es su aval.

Efectivamente: se ha visto obligado a retrasar un viaje proyectado a Corinto, pero rechaza una interpretación meramente humana de estos hechos, ya que él no es hombre de sí y no. A tal Señor, tal discípulo. Pues bien, Cristo no es más que «sí» en su persona. A la comunidad de Corinto sólo le queda decir ¡amén!

Pablo quiere que los corintios, como las otras comunidades, reciban la palabra de Dios que él les hace oír; no se trata, como dicen los corintios, de una palabra de hombre, sino de lo que es en realidad: la palabra de Dios. Jesús es el «sí» de Dios a la existencia rota del ser humano, y ése es su único interés[[1]](#footnote-1). Y el «sí» de Dios es un verdadero sí frente a y en medio de nuestros noes.

Tal es el sí de Dios que se ha comprometido con la redención y liberación de esta humanidad desde los más bajos fondos. Asumió la condición humana, pero en su nivel más bajo, la condición del siervo, del condenado, del crucificado excluido y maldecido. Así puso de manifiesto toda la fuerza del pecado, el rostro más inhumano del pecado y sus efectos más destructivos. Quiso redimir, liberar, plenificar a la humanidad, o humanizar lo inhumano, mediante un ejercicio o compromiso de compasión, de amor, de misericordia, de fidelidad, de entrega total... Así, el sí de Dios, venció las fuerzas del pecado y mostró el camino para liberar a la humanidad de tanta inhumanidad[[2]](#footnote-2).

¿Cuál es nuestra respuesta del cristiano? Ojalá podamos decir como Concepción Cabrera de Armida: «Que sea en mí un «sí» Jesús, tan fuerte, tan victorioso, que cualquier «no» sea para siempre imposible»[[3]](#footnote-3)

Pasando al evangelio, nos encontramos que Jesús dice: «*ustedes son* ***la sal*** *de* ***la tierra***». Han de saber que «*la sal*», además de conservar los alimentos tenía una función muy especial con relación a los pactos de alianza. Precisamente por eso, porque la sal aseguraba la incorruptibilidad, se usaba en los pactos como símbolo de su firmeza y permanencia. En particular, todo sacrificio a Yahvé debía ser salado, como señal de la permanencia de la alianza[[4]](#footnote-4). Por tanto la sal tenía esta función en las alianzas: connotarlas de fidelidad, de permanencia, de constancia en la entrega del sacrificio. Por otro lado, «*la tierra*» está por la humanidad que la habita. Entonces, «*ustedes son* ***la sal*** *de* ***la tierra***».

Según este dicho de Jesus, ***los discípulos son la sal que asegura la alianza de Dios con la humanidad***; es decir, ***de su fidelidad al programa de Jesús depende que exista la alianza, y que se lleve a cabo la obra liberadora prometida***. Si la sal pierde su sabor, es decir, si dejamos de ser lo que estamos llamados a ser, con nada se puede recuperar el sabor; si los que nos llamamos discípulos de Jesús, y tenemos delante su ejemplo, no le somos fieles, no hay dónde buscar remedio. Seremos discípulos inútiles en las manos del alfarero.

«*Ustedes son la luz del mundo*». «*La luz*» es la gloria o esplendor de Dios mismo, que, según los libros proféticos[[5]](#footnote-5), había de refulgir y brillar sobre Jerusalén. Y esto se aplicaba también a Israel: debía ser el reflejo de la luz de Dios; también a la Ley, y al templo y hasta la misma ciudad de Jerusalén: debían ser siempre reflejo de la presencia de Dios en ellos.

Esta presencia radiante y perceptible de la luz única que es Dios se ha de verificar en adelante en los discípulos; ellos son el Nuevo Israel desde donde refulge Dios; y la nueva Jerusalén donde el habita, la Iglesia. Esa luz ha de ser percibida: la comunidad cristiana no puede esconderse ni vivir encerrada en sí misma. De ahí la advertencia de Jesús para que no nos escondamos, para que no nos metamos debajo de una olla, sino sobre el candelero: todo el mundo ha de ver la luz. En una palabra: ***el seguidor de Jesús ha de ser evidente***, sin interpretaciones, sin notas a pie de página: transparente.

La gloria de Dios ya no se manifiesta solo en el texto de la Ley ni solo en el local de un templo, sino, sobre todo, en el modo de obrar de los que siguen a Jesus. «*La luz de ustedes*» son las obras en favor de los hombres, , en las que resplandece Dios: la ayuda, la sinceridad y el trabajo por la paz, es decir, la constitución de una sociedad nueva.

Al nombrar a Dios como Padre de los discípulos, Jesús alude a la calidad de hijos de que estos gozan por su actividad, que continúa la del Padre. Así, «*los hombres*» glorificaran al Padre, es decir, conocerán al único verdadero Dios.

En estos dos dichos de Jesús se nos dice que los discípulos son los garantes de la alianza y en la comunidad resplandece la gloria de Dios. Es la comunidad de los que han asumido se discurso programático (las bienaventuranzas) como norma de vida: es la presencia del Reino de Dios en la tierra[[6]](#footnote-6).

1. Cfr. Maurice Carrez. *La segunda carta a los corintios*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1986 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Felicísimo Martínez Díez. *El compromiso cristiano. Cristianos en el mundo*. Ed. San Esteban. Salamanca, 2004 [↑](#footnote-ref-2)
3. Concepción Cabrera de Armida. *Cuenta de Conciencia* 43, 144; 19 de septiembre de 1921 [↑](#footnote-ref-3)
4. Lv 2,13 (cfr. Nm 18,19): «*una alianza de sal es perenne*»; 2 Cr 13,5: «*El Señor… con pacto de sal concedió a David y a sus descendientes el trono de Israel para siempre*» [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. Is 60,1-3. Is 2,2; 60, 19 [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Juan Mateos y Fernando Camacho. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981 [↑](#footnote-ref-6)